

la pintura y el sentimiento religioso de la colonia

por Rosaura Hernández R.

En la obra de un artista se percibe su individualidad y la influencia de la sociedad en que vivió. Miguel de Santiago, pintor mestizo nacido en la segunda mitad del siglo XVII, es la figura de mayor trascendencia en el arte novohispano de la actual República del Ecuador. Su personalidad, oscura en algunos aspectos a los ojos de sus contemporáneos, se rodeó de leyendas. Investigaciones recientes han dado a luz documentos que permiten trazar una silueta más real y humana de dicho artista. El libro de fray José María Vargas* se dedica a estudiar la vida y la obra del pintor. En la introducción, anota ideas que pudieron desarrollarse más, destaca la importancia sociológica del arte y del artista. Sólo estos temas bastarían para evaluar el sitio de Miguel de Santiago en el arte hispanoamericano. El padre Vargas eligió una narración cronológica y descriptiva de la obra de su personaje. El deseo de transmitir a los lectores el entusiasmo que a él le produce la pintura, lo lleva a largas y minuciosas descripciones en medio de las cuales se pierden las atinadas observaciones de carácter psicológico, teológico y social.

Miguel de Santiago se modeló en la sociedad profundamente religiosa de la provincia de San Francisco de Quito. Ahí se cosechaba en el siglo XVII la simiente evangélica sembrada en la centuria anterior. Con una febril actividad constructiva, las diversas órdenes religiosas edificaron sus conventos. Para una construcción monástica se congregaba a especialistas y aprendices en talleres de los cuales surgieron obras de arte y artistas cuya fama traspasó las fronteras de su provincia. El aprendizaje iba más allá de la técnica artesanal: había que adentrarse en el pensamiento teológico de la época, en la vida de los santos y en las normas que la Iglesia dictaba para manifestar el culto de las principales devociones. En uno de esos talleres se preparó Miguel de Santiago. Se le encargó, en reconocimiento a su talento, la decoración del convento de San Agustín. Debía representar ahí la vida del santo patrono, y el pintor no copió fielmente los modelos europeos. La luminosidad del paisaje americano substituyó a la oscuridad del europeo. La presencia de muebles quiteños y de retratos de donantes en sus obras suelen considerarse como aportación mestiza, pero debe recordarse que iguales costumbres tuvieron los pintores europeos.

Hay que buscar la individualidad de Santiago en la forma en que proyectó el sentimiento católico en la psicología local de sus contemporáneos. Para ello le sirvieron lecturas básicas tales como la *Suma Teológica* de Santo Tomás, una vida e iconografía de San Agustín publicada en 1624, una historia de las imágenes evangélicas de Jerónimo Nadal impresa en Amberes en 1593, y otros libros que sería interesante conocer detalladamente. Mucho hubiera ayudado en la obra del padre Vargas un capítulo dedicado a la formación intelectual del artista, ya que a toda creación precede un pensamiento, y es necesario conocer la literatura en que se nutrió la imaginación de Santiago. Ubicado el pensamiento, los libros de especialización pictórica cerrarían el marco del artista para entroncarlo en la sociedad de su tiempo.

Si en las decoraciones de San Agustín se observan las lecturas que prepararon al pintor, esta formación es más clara en las imágenes de la Virgen María, declarada patrona de España y de las Indias. Su inspiración viene de la Virgen del Apocalipsis y del Breve de Alejandro VII en que se indica el modelo femenino para pintar a la Virgen. El dinamismo del artista hace que sus imágenes sean todas movimiento y alegría.

Mayor libertad para pintar tuvo Miguel de Santiago en el Santuario de Nuestra Señora, en el pueblo de Guápulo, cerca de Quito. Ahí pintó los favores de la Virgen a sus devotos. A mi modo de ver, son las pinturas más "nacionales" de Santiago: indios, mestizos y españoles con sus atuendos peculiares, con la angustia de

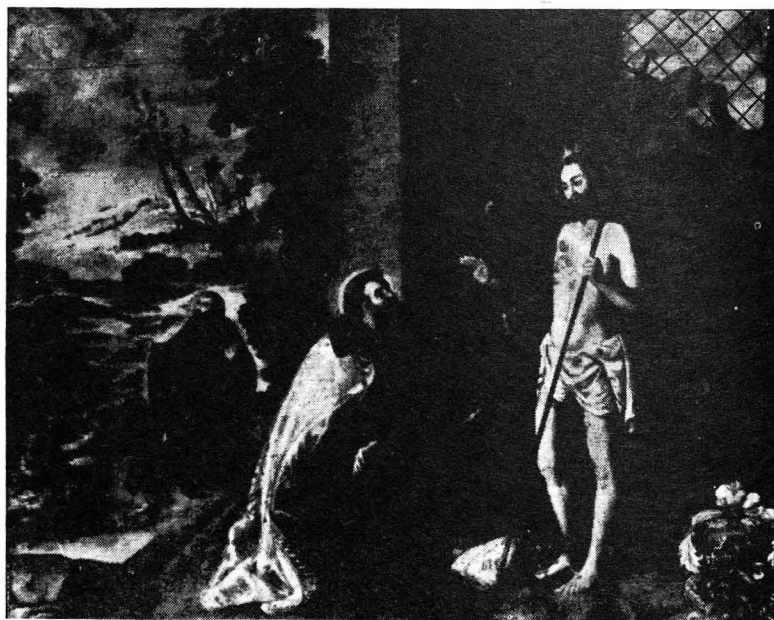
problemas comunes, sequías o epidemias, todos llenos de fervor. Pero los milagros necesitaban de un escenario digno de la Reina del Cielo y ése fue el paisaje quiteño: cielo y montañas absorben al hombre que en diminutas figuras sigue las peregrinaciones.

Si el artista supo expresar la religiosidad de su época, ello no se debió exclusivamente a que sus clientes fueran sacerdotes o personas devotas; él mismo vivió la fe cristiana y fue ese sentimiento el que lo identificó con su colectividad. También fue evangelizador: sabía que sus pinturas eran la enseñanza objetiva para miles de fieles. Esta responsabilidad hizo que nutriera su fe y la proyectara sobre todo en las escenas dedicadas a la enseñanza de las virtudes en el convento de San Francisco.

Como apéndice del libro que comentamos se incluye el testamento de Miguel de Santiago, que es casi una autobiografía. El autor glosa algunas partes del texto, y da así noticias acerca de su vida matrimonial y de su posición económica. Sus cuadros, cotizados a buen precio, le permitieron incrementar los bienes heredados de sus padres, vivir cómodamente y reunir una biblioteca. Severo en su trabajo, la leyenda lo torna cruel, atribuyéndole haber sometido a tormento a uno de sus discípulos para pintar el Cristo de la Agonía. El padre Vargas desmiente la leyenda y elogia el realismo de las pinturas. Las observaciones del dominico son acertadas pero breves: pudo desarrollar más, quizá la importancia del artista como "intérprete del anhelo colectivo", y la enseñanza de la fe por medio de imágenes en las que el pueblo podía "comprender el fondo teológico de la moral cristiana".

Las referencias bibliográficas, citadas algunas veces a pie de página o incorporadas en el texto, tal vez ayudarían más a los lectores de estar colocadas al final y separadas en documentos, obras de consulta y libros utilizados por el artista.

El libro del padre Vargas, aparte de su valor intrínseco, es una invitación para que los estudiosos del arte hispanoamericano profundicen más en la psicología de los artistas y su importancia social.



* Fray José María Vargas O. P.: *Miguel de Santiago, su vida, su obra*. Quito, Editorial Santo Domingo, 1970, 138 pp. il.